Glauco llegó á la casa de Vitelio, y mandó que le dispusiesen el caballo.

—¡Cómo! ¿Os vais?—le preguntó Julia.

-Ahora mismo.

-¿No nos prometísteis la dicha de ser nuestro huésped hasta mañana?

—Sin duda; y nadie como yo siente verse precisado á no cumplir su promesa.

—¿Es necesaria vuestra presencia en Pompeya?

—Indispensable.

—¿Ha sucedido alguna desgracia?

-No; pero podria acontecer si yo permaneciese en Herculano.

-Siendo así, no debemos insistir en que os quedeis.

Durante estas cortas palabras, un esclavo de Vitelio dispuso el caballo.

Glauco se despidió de Arístide, abrazó á Vitelio, estrechó la mano de Julia, y montó en seguida sobre el lijero corcel.

—Que la fortuna guie tus pasos—le dijo el hermano de la hermosa.

-En ella y en mi actividad confío.

-No olvideis que nos habeis prometido volver-añadió Arístide-dentro de algunos dias.

-Me afanaré por cumplir mi promesa, y porque disfruten de la dicha de participar de vuestra amable compañía Salustio y Apoicide.

El corazon de Julia dió un vuelco dentro del pecho, como lo daba siempre al escuchar uno de aquellos nombres.

Ninguno notó la palidez ni el estremecimiento de la jóven.

Glauco se despidió de nuevo de Julia, de Vitelio y de Arístide; oprimió los hijares de su caballo, y poco despues salia de Herculano y se dirijia á Pompeya en alas de su temor y de su pasion.

CAPITULO XXXI.

IONE EN CASA DE ARBACE, HOY CASA DE MELEAGRO.-MIRAS DE ARBACE. UN BANQUETE.-EL PORVENIR.

Ione llegó á casa del egipcio, acompañada de dos esclavos.

La casa de Arbace, conocida hoy con el nombre de Casa de Meleagro, por una pintura que se encontró en ella al desenterrar el edificio en 1830, y que representa á Meleagro y Atalante, se hallaba situada en la calle de Mercurio (1),

Tone se estremeció al acercarse á ella.

Al pasar el umbral dejó á las esclavas en la puerta, y la hermosa jóven penetró en el

Al verse en el prothyrum ó zaguan, sus ojos descubrieron en medio de arabescos sobre fondo rojo, como se descubren aún, cuatro bailarinas, y dos cuadros representando uno á Meleagro y Atalante, y el otro á Mercurio dando un bolsillo á la Fortuna, alegoría ingeniosa de que el comercio es fuente de la riqueza.

Ione miró todo aquello con extrañeza.

(1) Meleagro, personaje mitológico, de los tiempos heróicos, tomó parte en la espedicion de los argonautas: fué hijo de Eneo ó de Marte y de Altea: se casó con Cleopatra: viendo devastados los campos de su padre Eneo, por un monstruoso jabalí que envió Diana, para vengarse del olvido de Eneo que al presentar ofrendas á los dioses, no se acordo de presentárselas tambien á ella, mató al monstruoso jabalí, por lo cual se le representa como á un gallardo jóven, de aspecto varonil y rizada cabellera, con la clámide envuelta en el brazo izquierdo, y teniendo por atributo una cabeza de jabalí. Meleagro tuvo amores con la hermosa Atalante.

Era la vez primera que visitaba al egipcio en su casa, y sin saber por qué, tembló.

La jóven penetró al átrio toscano, sobre cuyas paredes se descubrian, entre otras pinturas, dos muy hermosas que han sido llevadas al Museo, representando el Tocador de Páris y de Helena, y Thetis, recibiendo de Vulcano las armas de Aquíles. En el centro se descubria, como se ve actualmente, un soberbio aljibe de mármol blanco, á cuya cabeza se ve un pedestal, de donde el agua saltaba en abundancia de una máscara de bronce, de forma exquisita y rara. Próxima á este aljibe, se levantaba una magnífica mesa de mármol blanco sostenida por dos grifos, entre los cuales se ostentan esculpidos en la parte exterior, cuernos de la abundancia; y en el interior, cabezas pequeñas de Amores.

Ione no habia dado un paso.

Dominada de un sentimiento de horror que no sabia explicarse, se habia detenido en aquel sitio.

Un frio glacial se habia apoderado de todos sus miembros.

Al tropezar sus ojos con un número de figuras de mármol silenciosas y melancólicas, de monstruos tebanos, cuyas facciones estaban perfectamente expresadas, no se atrevió á avanzar.

La tierna amante de Glauco, veia con temor desde allí, á la derecha del atrium, tres alcobas con riquísimas pinturas, cuyos asuntos eran el Sacrificio de un sátiro y de una Bacante á Priapo; Mercurio presentando á Apolo la lira que acababa de inventar; el Banquete de dos amantes y otras varias pinturas que actualmente se encuentran en el Museo.

Todo aquello que nada ciertamente encerraba de terrible y aterrador, lo veia ella con un colorido sombrío.

Estaba preocupada por ideas lúgubres, y no podia vencer un secreto presentimiento de desgracia.

Temblando y quieta permaneció un momento, hasta que un esclavo etiope le hizo seña de que avanzase.

Ione llegó al tablinum, que se encuentra al fondo del atrium.

Divinidades marinas sobre delfines y caballos marinos, y una figura atada teniendo una taza, decoraban la pieza. A su lado se veian dos grandes composiciones de un estilo muy bello, representando á Marte, Vénus y á Inaco, y á Io que han sido llevadas al Museo.

No bien penetró Ione en el tablinum, cuando Arbace vino á su encuentro.

El gran sacerdote de Isis llevaba un traje de ceremonia, cubierto de piedras preciosas.

- —Hermosa Ione—dijo con voz dulce y cariñosa, tomándola una mano—¡cuán dichoso soy al recibiros en mi casa!..... Hace mucho tiempo que ambicionaba esta felicidad.....
- —Vos sin duda os olvidais—contestó Ione interrumpiendo al egipcio—que me habeis enseñado á despreciar la lisonja.
- -No por cierto.
- -Entonces.....
- —Yo os he enseñado á mirar con desprecio la adulacion, pero no la verdad; y la verdad es que gozo de una indefinible satisfaccion al veros honrar mi casa.
- -Mil gracias.
- —¿Habeis venido sola?
- -Así me lo ordenasteis, y he despedido á mis esclavas al llegar á la puerta.
- _Veo con satisfaccion, que no olvidais ninguna de mis advertencias.
- -Soy vuestra pupila y debo obedeceros.

La dulzura con que fueron pronunciadas aquellas palabras, y la belleza angelical de Ione, aumentaron en el corazon de Arbace el deseo de alcanzar el amor de su pupila.

—Reunis á la belleza y al talento, las recomendables cualidades del respeto y de la

—¿Tampoco pecais de lisonjero al dirigirme esas halagadoras frases?—dijo sonriendo

El egipcio se mordió los lábios, y cambió de conversacion.

—Os he traido para comunicaros cosas importantes, y comprendo que no debo ocuparme por ahora de espresaros el elevado concepto que tengo formado de vos.

Al terminar estas palabras, dichas con una afabilidad galante, Arbace condujo á su pupla á las diferentes piezas que componian su lujoso palacio.

Todo el tránsito se veia por uno y otro lado cubierto de flores y de estatuas.

Numerosos esclavos, vestidos airosamente, permanecian de pié á la entrada de todas las piezas, dispuestos á recibir órdenes á la menor señal.

El ministro de Isis habia desplegado todo el lujo y toda la riqueza ante los ojos de su

Ione miraba asombrada aquel exceso de esplendor que la cercaba por todas partes.

Arbace leia en el rostro de la jóven lo que pasaba en su alma, y se lisonjeaba de las disposiciones que habia dado para deslumbrarla.

El sacerdote de Isis, acariciando la esperanza del triunfo por medio del fausto, condujo á su pupila á la izquierda del tablinum, en que se encontraba la entrada á un largo corredor, sobre el cual se presenta, á la derecha, la puerta de una cámara adornada de estucos.

Aquel corredor estaba cubierto de vistosas coronas de flores, de enramadas, de preciosas bandas y de esbeltas esculturas.

Enfrente de la puerta de la espresada cámara que, como todas las piezas, ostentaba un lujo sorprendente, se hallaba la entrada al peristilo.

Continuando el pintoresco corredor, se descubria una escalera, y en el fondo varias elegantes piezas de un gusto exquisito.

Ione llegó al peristilo que es uno de los mas bellos que se presentan á la vista del viajaro

que visita Pompeya. La jóven quedó sorprendida con la riqueza en la ornamentacion que ostentaba aquel de-

Arbace notó con satisfaccion el efecto que habia producido en la hermosa Ione la vista de aquel agradable lugar (1).

El peristilo, con efecto, que así llamó la atencion de Ione, podia, como he dicho, considerarse como el mas notable de Pompeya, tanto por su extension, como por la riqueza de su arquitectura.

(1) Como el objeto de esta obra es, entre otras cosas, el de dar á conocer las costumbres y los edificios de la ciudad de Pompeya antes de ser sepultada por las lavas del Vesubio, y tal cual se encuentra despues de haber salido de la tumba en que durmió escondida diez y ocho siglos, la descripcion que hago de la casa de Meleagro, es la exacta cópia de la verdad. El lector puede estar seguro de que nada hay exagerado en la pintura que hago de los edificios, y que en esta obra, la descripcion es altamente importante para todo aquel que no vea en la lectura otra cosa que un simple y pasagero entretenimiento.

Tenia, como tiene aun, veintitres metros de largo, por diez y nueve de ancho. El pórtico que le rodea estaba sostenido por veinticuatro columnas pintadas de rojo y blanco, coronadas de capiteles de fantasía, al pié de las cuales se ostentaba un ancho y profundo canal, donde las aguas se reunian en una cisterna.

Las paredes ostentaban numerosas pinturas, muchas de las cuales se encuentran en el Museo, llamando la atencion tres figuras de mugeres que representan las tres partes del mundo conocido de los antiguos, y junto á las cuales se veian, y se ven al presente, un Apolo, Narciso, Vénus y el Amor y una Ninfa acostada.

Ione, aunque acostumbrada á ver notables objetos en escultura, ornamentacion y pintura, no podia menos que admirar el buen órden, gusto y distribucion de cuanto á sus ojos se presentaba.

Varios esclavos, destinados al cuidado y al aseo del peristilo, se veian repartidos en él. Ione fijó la atencion en dos jóvenes esclavas de una belleza notable, y vestidas con.

Eran las que el sacerdote de Isís habia comprado en aquella misma mañana.

La hermosura tiene la virtud de interesar por sí sola; pero cuando va unida á la desgracia, la simpatía en las almas generosas es mayor y mas pura.

La hermana de Apoicide poseia un corazon lleno de ternura, y se acercó á las dos esclavas que de pié, junto á una columna, parecian vigilar por el ornato y el aseo.

—¿De dónde eres?—preguntó Ione á una de ellas, con acento dulce y cariñoso.

- —De Alejandría.
- —; Cómo te llamas?
- -Altea.
- -;Tienes padres?
- -Los perdí hace dos años.
- -; Qué sabes hacer?
- Bordo, toco la citara, poseo algunos idiomas, aunque no con perfeccion, y procuro cumplir en todo con la obligacion que hácia sus amos tiene el esclavo.

La modestia y el blando acento con que fueron dichas aquellas palabras, interesaron á Eso quiere decir que has recibido una buena educacion.

- -Regular, señora.
- -¿Y cómo has venido á ser esclava?
- -Porque la suerte lo ha dispuesto así.
- -¿Y hace mucho que lo eres?
- —Desde la muerte de mis padres.

Arbace vió que el diálogo empezaba á ser demasiado largo, y que era preciso cor-

Deseaba que Ione le escuchase á él solo, y el tiempo que pasaba le era de mucha estima para querer desperdiciarlo.

Para cortar, pues, aquella conversacion, sin que su pupila creyese que trataba de privarle de ella, hizo con la cabeza una señal á las dos esclavas para que se alejasen, teniendo buen cuidado de que Ione no advirtiese en ella.

-Pero, permitid, señora-añadió la esclava al notar la señal imperativa de Arbaceque me retire á cumplir con mi obligacion.

Y'Altea, y la otra esclava se alejaron, encantadas de la benevolencia de la hermosa hermana de Apoicide.

-Teneis esclavos de gran mérito, que hablan muy alto en favor de vuestra buena eleccion-dijo Ione al egipcio, así que se alejaron las dos jóvenes-esa Altea, sobre todo, me agrada sobremanera.

- -¿Os parece bien?
- -Muy bien.
- -Lo celebro infinito, porque la tenia destinada para vos.
- -;Para mí?
- -Ciertamente: es un regalo que deseo haceros, si vos teneis la amabilidad de honrarme aceptándolo.
- -Pero.....
- —;Qué?
- -Ese regalo es de un precio demasiado alto para que yo me atreva á admitirlo.
- -No podria yo haceros uno que no correspondiera al aprecio que os consagro.
- -Gracias.
- —¿Lo admitís?
- -Pues lo deseais, lo admito.
- -Mañana tendre el gusto de enviárosla á vuestra casa.
- -Os lo agradezco mucho.

Arbace se manifestó contento con que su pupila hubiese aceptado el presente que le

Ione empezó á perder el temor que al principio habia sentido al penetrar en la mansion

La afabilidad, la franqueza y las atenciones del ministro de Isis la tranquilizaron.

Sereno una vez su ánimo, fijó con mas atencion la vista en la belleza del peristilo que hemos venido describiendo con severa exactitud.

Ione se quedó admirando una preciosa fuente que en aquel espacioso sitio se descubria, y que hoy llama la atencion del viajero, fuente de graciosa forma, con paredes de estuco y un bello surtidor de agua que saltaba de una columna colocada en el centro de ella. Una cascada de mármol blanco, compuesta de siete gradas, encima de las cuales se ve aun el canal de bronce que conducia el agua, se alzaba á la derecha, enfrente á la exedra.

En el fondo del peristilo dejábase ver, como se ve actualmente, el raro ejemplo de una sala corintia, pues ostenta por tres lados columnas aisladas en número de doce, pintadas de amarillo, mientras las del peristilo, como ya he dicho, eran rojas y blancas. El pavimento de esta pieza corintia era de mosaico blanco, y sus paredes presentaban pinturas en camafeo amarillo, representando muchas bailarinas, Vénus y Adonis, y un jóven ofreciendo á una Bacante una serpiente enroscada al rededor de un palo encorbado.

El basamento, de camafeo encarnado, ofrecia figuritas de Faunos, paisajes, y animales

A esta belleza en las pinturas, en los pavimentos, en las fuentes, en las columnas y en las estatuas que hoy se admiran, se añadía la riqueza en los espejos de oro y plata, en las preciosas telas y colgaduras, y en todo lo mas costoso y sorprendente que se podia presentar á los ojos del observador.

Ione, asombrada, no pudo ocultar su sorpresa á la vista de tanta belleza, y exclamó:

—Con frecuencia he oido hablar de vuestras riquezas; pero confieso que estaba muy lejos de creer encontrar el lujo que por todas partes descubro.

—Quisiera—contestó el sacerdote de Isis—poder formar de todo ello una corona para colocarla en vuestras sienes.

—¡Ay!..... su peso me aplastaria. Si tal sucediese, yo vendria á ser una segunda Tarpeya (1).

—Pero vos no desdeñariais, sin embargo, las riquezas, ¿no es verdad? El oro es el mayor mágico del mundo, y es, al mismo tiempo, el mas sumiso de nuestros esclavos, pues que con él podemos realizar todos nuestros sueños.

El artificioso Arbace buscaba la manera de deslumbrar á la jóven griega, tanto por medio de sus tesoros, como por su elocuencia.

Queria excitar en ella el deseo de poseer las riquezas que veia, y acariciaba la idea de que, en su ambicion, podia confundir al propietario con sus tesoros.

—Sin embargo—contestó la jóven,—hay muchos señores que se hacen esclavos del oro y las riquezas, y entonces éstas, lejos de proporcionar el bien, producen el mal y los cuidados.

—Pero eso no habla con vos, que teneis claro talento y sobrado juicio para saber que los tesoros deben emplearse en proporcionar al que los posee, todos los goces de la vida.

-Así lo comprendo yo.

—Pero acabemos de recorrer la casa—dijo Arbace, abrigando la esperanza de acabar de deslumbrar á Ione.

Esta siguió al egipcio á una pieza que estaba á la izquierda de la sala corintia, dejando á la derecha una cámara sencilla.

La pieza de la izquierda, á la cual acababan de entrar, se veia ricamente adornada, como se puede observar actualmente. El pavimento era de un bellísimo mosaico blanco y negro, que se conserva perfectamente hasta el dia: el basamento de las paredes presentaba, sobre fondo negro, muchas divinidades marinas acostadas sobre mónstruos: encima, sobre fondo azul, veíanse gran número de figuras aisladas, de un efecto maravilloso, entre las que se hacia notable la de Hermafrodita. (2)

El asunto principal que ocupaba el fondo, era notable, y actualmente se encuentra casi

A la izquierda de esta pieza se hallaba el triclinium, de once metros de largo, por seis de

- (1) Era hija de Tarpeyo, gobernador del Capitolio en tiempo de Rómulo. Entregó al rey de los sabinos, llamado Tácio, el Capitolio, á condicion de que los soldados le habian de dar en premio de su traicion lo que llevaban en el brazo izquierdo, que era los brazaletes de oro. Tácio, apoderado de la fortaleza por su medio, mandó á los soldados que, en cumplimiento de su promesa, se quitaran todo cuanto llevaban en el brazo izquierdo. Para dar el ejemplo, se quitó él mismo sus brazaletes y los arrojó, junto con su broquel, á Tarpeya. Sus soldados le imitaron, y en pocos instantes se vió Tarpeya oprimida y ahogada entre aquel monte improvisado de metal.
- [2] Ser mitológico, hijo de Mercurio y de Vénus: mancebo tan hábil como su padre, y tan bello como la que le dio el ser; pero insensible á los tiros del amor. La ninfa Sálmecis, que no pudo cautivarle, lo único que logró de los dioses mitológicos ó de la fábula, fué que le permitieran refundirse en él, resultando de aquella combinacion un tercer género epiceno, que reunia los caractéres de ambos sexos, que los griegos llamaban Androgyna.

ancho. El basamento ofrecia, y ofrece actualmente, sobre fondo negro, encantadoras figuras sentadas en medio de Isis. En el fondo lucia una pintura que representaba el Juicio de Páris, colocada encima de una gran Quimera, que parece jugar con una bocina de caza: otra pintura manifestaba Aquiles retirado en su tienda, solicitado por los gefes griegos.

Del triclinium, Arbace condujo á Ione á un rico dormitorio, decorado de ricos arabescos sobre fondo rojo. En esta pieza se veian colocados con simetría, catorce vasos de plata, de un peso considerable. Cuatro de ellos tenian la forma de cálices, con dos asas, adornados de bajo—relieves y de dorados, que revelaban un destino sagrado, y que se encontraron en la misma pieza al hacer las escavaciones.

Despues de haber recorrido otras muchas piezas, de haber paseado por un precioso corredor lleno de flores, y de admirar un gran número de objetos de oro y plata, Arbace condujo á la jóven á una sala, tapizada de las mas ricas telas.

El egipcio dió tres palmadas, y de debajo del pavimento se levantó, como por encanto, en medio de los acordes de una música invisible, una brillante mesa, suntuosamente servida.

Ione se sorprendió á la vista de aquella repentina aparicion.

Sobre la mesa se descubria cuanto de mas exquisito pudiera apetecer el paladar mas exijente y delicado.

Las dulces melodías de la música llegaban suave y blandamente, dejando oir sus seduc-

—¿Qué es esto?—dijo asombrada Ione—¿Ejerceis un poder mágico para que á vuestro mandato estén obedientes las cosas de la tierra?

—No ejerzo mas poder que el de la ciencia, que deseo emplearla en haceros agradable

-Soy poco ambiciosa, lo sabeis.

-No ambicionar, es una virtud; poseerlo todo, aunque no se ambicione, es una feli-

—Malo es acostumbrarse á lo supérfluo, porque hasta lo necesario nos pareceria poco en un cambio de fortuna.

—; Temeis ese cambio?

—Bueno es prevenirse para él, aunque no se tema.

-Vos poseeis bastantes bienes de fortuna, y ademas debeis contar con los mios.

-Agradezco vuestra liberalidad; pero nadie debe contar mas que con lo que posee.

—Bien; dejemos ese punto, que está por demas en este instante, y acerquémonos á probar de los manjares con que nos brinda la mesa.

—¿Es un banquete preparado para disfrutar de él?

-Sin duda. ¿Pudísteis imaginaros otra cosa?

—Juzgué que solamente era dispuesto con objeto de sorprender mi vista agradable-

-Nada de eso: es una cena dispuesta para obsequiaros.

—Os lo agradezco; pero siento que os hayais tomado la molestia de ordenarlo así, solamente por mí.

-¿Dudais de que en ello he tenido la mayor satisfaccion?

—Puesto que vos manifestais lo contrario, debo creer que lo habeis dispuesto con la mejor voluntad, por lo cual os doy las gracias.

-Acerquémonos, pues, y sentaos.